

que las suyas y logró atraerse todo á sí. Hicieronle individuo de la comision, y hay motivos para dudar si entró en ella con miras de reforma y de mejora. Lleno enteramente de las ideas de sus amigos, despreciando las órdenes monásticas y apoyado por el ministerio, hizo prevalecer en la comision un sistema de destruccion progresiva. Uno de sus primeros cuidados fué hacer retroceder el tiempo de los votos religiosos, aunque seguramente el uso establecido hasta entonces no influyese nada en la relajacion de la disciplina. El concilio de Trento y la ordenanza de Blois habian fijado la práctica que sobre este particular se seguia en Francia, y nada podia al parecer hacerse mejor que seguir conformándose con ella. Nadie ha echado de ver despues, que el método que se adoptó haya contribuido á reanimar la piedad en los conventos. Dicese que algunos querian que no pudieran pronunciarse los votos antes de los veinte y cinco años de edad, y esto era lo mismo que impedir las profesiones religiosas, pues hoy en dia nadie espera á una edad tan avanzada para decidirse á tomar estado. Obtúvose, pues, que no se retrasaran los votos mas allá de los veintian años para los hombres y de los diez y ocho para las mugeres. En 1768 hizo Brienne espedir un decreto suprimiendo los conventos en que no hubiera quince religiosos, y no permitiendo mas que uno de cada orden en cada poblacion. Todas las disposiciones de este decreto anunciaban menos el deseo de reformar que el afán de destruir. Para nada se contaba con las reglas de disciplina ni con los derechos de la Iglesia. El instigador de este decreto fué acusado de fomentar las disensiones de los conventos y suscitar quejas, bien sea de los superiores contra sus subordinados, bien de estos contra aquellos; de escitar á unos y otros á pedir su abolicion y minar así en detalle todo el estado monástico. Con estas medidas, los jóvenes empezaron á temer comprometerse en seguir una vocacion en la que solo habia que esperar

disgustos y tal vez la supresion. Los sarcasmos lanzados sin tregua contra los religiosos contribuyeron tambien á que la juventud se separara de una profesion envilecida. Todo concurría, pues, á despoblar los conventos y á extinguir enteramente el estado religioso. Sin embargo, varias órdenes supieron conservarse al abrigo de los lazos que se les tendian. Los conventos de religiosas, en general, conservaron su regularidad porque en ellas la Religion es toda de sentimiento y porque si la persuasion la hace nacer en el ánimo, el amor la conserva en el corazon (1).

Hallábase, pues, la Francia colocada en la rápida pendiente de un precipicio. Para detenerla en su caída, hubiera sido preciso la mano de un rey como la de aquellos que por su piedad y sabiduría se atraen las bendiciones del Señor; de un rey que hubiese sabido contener los estragos de la filosofía, alentar las buenas costumbres, hacer respetar las leyes y proteger la Iglesia. Tal podia esperarse que fuera antes de mucho tiempo el príncipe Luis, delfin de Francia, hijo de Luis XV y padre de Luis XVI, de Luis XVIII y de Carlos X. Habiendo nacido el año 1729 en Versailles, demostró desde muy temprano tanto amor á la virtud, que su madre, la reina Maria Leczinska, solia decir: «El cielo no me ha concedido mas que un hijo, pero este es tal como yo hubiera podido desearlo.» Luis unia á sus buenas disposiciones naturales estensos conocimientos; su dulzura, su afabilidad y su aplicacion constante á todos sus deberes, le grangeaba el amor de los hombres de bien; mas solo recordando algunos de los rasgos dignos de su memoria es como haremos comprender á nuestros lectores cuán deplorable fué su muerte acaecida en Fontainebleau el 20 de diciembre de 1765. ¿Quién no tiene noticia de la sublime leccion que dió á los jóvenes príncipes,

(1) Reflexiones sobre el estado de la Iglesia en Francia durante el siglo XVIII, p. 69.

hijos suyos, cuando al suplir en ellos las ceremonias del bautismo, enseñándoles sus nombres inscritos sin distincion alguna en el libro de partidas bautismales, les dijo estas palabras: «Ved ahí vuestros nombres sentados despues de los del pobre y del indigente. Ante la Religion y la naturaleza todos los hombres son iguales; solo la virtud es la que establece alguna diferencia entre ellos; acaso el sugeto cuyo nombre os precede en la lista, será mayor á los ojos de Dios que vosotros lo sereis nunca á los ojos de los hombres.... Conducid á mis hijos, decia aquel buen príncipe, á la cabaña del labrador; presentad á su vista todo lo que pueda enternecerlos; quiero que vean el pan negro que sirve de alimento al menesteroso, que toquen con sus manos la paja sobre que se recuesta... Quiero que aprendan á llorar. Un príncipe que nunca haya llorado no puede ser bueno.» El rey queria que aumentaran su asignacion anual. «Mas quisiera, contestó el delfin rehusándolo, que esta cantidad se rebajara del presupuesto de las contribuciones.» Cierta dia que delante de él se hablaba de los libros contrarios á la Religion y á las costumbres, y que se justificaba su circulacion como objeto de comercio: «Desgraciado del reino, dijo, que pretenda enriquecerse con semejante comercio, y que sacrifique por riquezas vanas y efimeras las riquezas duraderas y positivas, y que apagando de este modo la virtud de los ciudadanos, crea adquirir los medios de apagarla.» Opinaba que se debia atribuir el origen de todos los desórdenes propios del siglo XVIII al desenfreno de hablar y de escribir. «No se escribe, solia decir, mas que para hacer despreciable la Religion y odiosa la monarquía. Apenas se publica un libro que no trate á la Religion de quimérica superchería y de tiranos á los reyes, pintando su autoridad como un insoportable despotismo. Estas son las máximas que unos enseñan audaz y descaradamente, y otros se contentan con

insinuarlas diestramente. ¿A qué fin tantos libros? La vida entera de un hombre apenas basta para leer lo mejor que hay escrito en cualquier género: no se hace ya mas que repetir lo que otros han dicho, y si alguno quiere separarse de ese camino, no hace mas que caer en mil desbarros. ¿Qué ventajas pueden, pues, esperarse, para el progreso de las artes y las ciencias, de ese torrente de libros, folletos y libelos de que el público se ve inundado? ¿Se adquirirá por eso mayor grado de sabiduría? Por el contrario, esa libertad de escribir á tontas y á locas sobre toda clase de asuntos, no hace mas que producir una ciencia ligera y superficial, que algunas veces es peor que la misma ignorancia: para nada mas ha servido que para publicar principios falsos, peligrosos y detestables, que enagenan todas las imaginaciones.» La devocion del delfin le habia dictado varias oraciones que él se habia hecho familiares y en todas las cuales se nota una energía y uncion dignas de la verdadera piedad. No citaremos mas que la que diariamente solia dirigir á Dios por la felicidad general del reino, poniendo por intercesor á San Luis, el mas ilustre antepasado suyo y digno modelo que se habia propuesto seguir. Esta oracion imita perfectamente la energía y dignidad de las antiguas oraciones de la liturgia de la Iglesia (1). Acaso será preciso considerar, volveremos á repetir en este lugar, la muerte prematura del delfin, como un acontecimiento que pertenece á la historia de la revolucion. Este príncipe, calumniado, mientras vivió, con un encarnizamiento que revelaba designios muy siniestros, y alabado aun por sus mismos enemigos,

(1) *Aeternae Deo, qui Francorum imperium benigno favore ab initio tutaris, sancti Ludovici precibus exoratus et votis, da nepotibus, da sero tuo, da populo, virtutes imitari, quas coluit; ut pacem intus, pacem foris colentes, ad regni istius laetitiam tota mente tendamus, ubi reges et populi, tibi soli Pastori et Patri servientes, aeterno inter se caritatis foedere sociabuntur.*

cuando ya no le podían temer, estaba imbuido de principios muy contrarios á los que se ponían en práctica en aquella época: y todo lo que se sabía de su vida privada anunciaba que sabría sostener con firmeza sus convicciones religiosas y políticas. Tenía pureza de costumbres, un alma sensible y bienhechora, valor, amor al estudio, una imaginación cultivada, un discernimiento sano, rectitud de corazón; en fin, todo anunciaba que sería un digno sucesor de Luis IX, de Enrique IV y de Luis XIV; y es indisputable que si hubiese llegado á reinar, habría consolidado las bases de la monarquía. Su muerte fué, pues, una verdadera fortuna para los novadores. No por eso intentamos atribuirles un nuevo regicidio; pero es incontestable que no son bien conocidos todos los crímenes que ha producido el deseo de una revolución: hay algunos secretos y que aun no es tiempo de revelar; es también muy cierto que la posteridad tendrá mucho que echar en cara al duque de Choiseul, y que le pedirá cuenta de su intimidad con los supuestos filósofos y de su antipatía hacia el piadoso delfín.

Estanislao, que realizaba en Lorena lo que su nieto el delfín hubiera llevado á cabo en Francia, no tardó en seguirle al sepulcro. El rey de Polonia, posteriormente duque de Lorena y de Bar, nació en Léopol en 1677, y murió en 23 de febrero de 1766. Dios, al permitir que después de haber perdido su reino gobernase una de las mejores provincias de Francia, quería sin duda presentar á los ojos de Luis XIV el cuadro de felicidad con que podía dotar á sus vasallos sin mas que seguir los ejemplos de su Real abuelo, ceder á las inspiraciones de su magnánima esposa, y comprender la muda pero elocuente lección que le daba su hijo. La paz de 1736 habia puesto fin á las vicisitudes políticas de Estanislao. Estipulóse que retendría el título y honores de rey de Polonia, que se le devolverían los bienes confiscados de Lorena y Bar, que deberían volver á

la Francia después de su muerte (1). El soberano de estos ducados se casaba con María Teresa, hija del emperador Carlos VI, y recibía la Toscana en cambio de la Lorena. Los loreneses sintieron que se alejase de su suelo una familia que merecía su amor y que les habia dado soberanos que se ocupaban en labrar la prosperidad del país. Recordaban particularmente con interés la memoria del último duque Leopoldo, muerto en 1729, uno de los mejores príncipes de su tiempo, y cuyo gobierno sábio, pacífico y paternal, habia hecho largo tiempo su felicidad. Mas si abrigaron algunos temores al ver llegar un monarca extranjero á quien no conocían, no debieron tardar en tranquilizarse así que se hallaron en el caso de apreciar las cualidades de su nuevo duque. Todo cuanto este hizo por ellos causa tanta admiración, cuanto que sus recursos pecuniarios eran muy limitados. La Francia le daba dos millones y se encargaba de la parte militar y financiera de su estado. Con solos estos dos millones, Estanislao halló medio, durante un reinado de treinta años, de dejar numerosos monumentos de su liberalidad. Fundó seminarios, misiones, parroquias, reedificó y dotó hospitales, estableció varias cátedras en los colegios, instituyó escuelas cristianas para niños y para niñas, aseguró asignaciones á los párrocos y á los eclesiásticos pobres, distribuyó socorros en las epidemias, fundó consultas gratuitas de abogados y médicos, reconstruyó poblaciones, decoró palacios, estableció bibliotecas y procuró difundir el amor á las ciencias y el gusto de la instrucción. Así es que Federico, rey de Prusia, que ciertamente no era muy aficionado á prodigar alabanzas, y que se preciaba de no pensar como Estanislao en algunas materias, le escribió el 2 de julio de 1754 diciendo: «Las grandes cosas que con-

(1) *Memorias para la Historia eclesiástica del siglo XVIII, t. 2, p. 496-499.*

tan escasos recursos lleva V. M. á cabo en Lorena, deben afligir eternamente á los buenos polacos por la pérdida de un príncipe que habria hecho su felicidad. En Lorena dá ejemplo V. M. á todos los reyes de lo que deberían hacer; pues hace felices á los loreneses, y esta es la única ocupación digna de los soberanos. Mas lo que debemos citar en elogio de Estanislao, aun mas que su constancia en la adversidad y su discreción en la paz, y que hace entrar en nuestro plan histórico este pequeño cuadro del reinado de este príncipe, es su respeto y su amor á la Religión. No se limitaba á creerla, la practicaba: no se contentaba con observar los menores preceptos de la Iglesia, sino que aún añadía privaciones y ayunos voluntarios á los que esta ordena. La oración y los ejercicios de piedad tenían su parte correspondiente en la distribución que tenia hecha del tiempo. En su corte daba el ejemplo de la mas perfecta regularidad, y procuraba que á ninguna de las personas de su familia faltase la instrucción religiosa. Además de cuatrocientas mil y mas libras (como 1.600.000 reales) que empleó en dar á diferentes iglesias vasos sagrados ú ornamentos, erigió dos iglesias parroquiales en el bosque de Arnay, y restableció las de Commerci, Luneville y Nancy. La de Nuestra Señora del Buen Socorro, en esta última ciudad, le costó de tres á cuatrocientas mil libras; y en ella quiso ser enterrado. Estanislao mantenía una correspondencia muy seguida con su hija, la reina de Francia, y se ponían mutuamente de acuerdo para practicar algunas buenas obras en las que ambos tomaban parte. También hacia de cuando en cuando viajes para ver á esta princesa, y profesaba un sincero afecto á su nieto el delfín á quien tuvo el dolor de ver morir antes que él. Su propio fin, causado por un raro accidente, fué digno de admiración. Hallándose de pie junto á la chimenea, y habiendo notado que habia prendido fuego en sus vestidos, hizo un movimiento

tan rápido para apagarlo, que cayó en el hogar y no le fué posible levantarse hasta que llegaron á darle socorro. Solo hacia tres días que habia recibido la comunión, y soportando con heroica paciencia los mas vivos dolores, se preparó á la muerte con todas las demostraciones de Religión y ejercicios de piedad que le eran habituales. Esta piedad, impresa en toda su conducta, resplandece con mas claridad en las obras que nos dejó escritas.

Una de ellas es el *Filósofo cristiano*, publicado en 1749. Un reglamento para el arreglo de su casa, otro para su propia conducta, y los extractos de un *Manual de devoción* que arregló para su uso, prueban cuán penetrado estaba de los sentimientos religiosos. En 1763 se publicaron cuatro tomos de sus obras, con el título de *Obras del Filósofo bienhechor*. Entre otras cosas se encuentra en ellas una refutación de Rousseau. Dicese que el P. Menoux y el caballero Solignac habian contribuido á esta colección. El primero era un jesuita, superior del seminario de Nancy, predicador y acaso también confesor del rey, cuya confianza gozaba y el cual murió algunos días antes que él. El segundo, que era el secretario de Estanislao, dejó algunos manuscritos acerca de este príncipe, á quien sobrevivió algunos años. Para apreciar en su justo valor las *Obras del Filósofo bienhechor* diremos que son muy dignas de aprecio por su adhesión sincera é ilustrada á la Religión, por su ardiente celo contra los errores modernos, por su aversión decidida contra lo que el delirio del siglo XVIII llamaba filosofía, por su verdadero amor á los hombres, por su deseo de verlos felices, por su sabiduría de principios, por su grandeza de miras, y por las discretas lecciones dadas á los príncipes. Descúbrese particularmente cuán alinado y profundo era el modo de ver de Estanislao en una predicción acerca de la suerte de Polonia, publicada en idioma del país, con el título de *Voz libre de un ciudadano*, y que

forma parte de la coleccion con el epigrafe de *Observaciones acerca del gobierno de Polonia.*

«Es cierto, dice Estanislao, que el edificio de nuestra república se va desmoronando por su propio peso, y nada podrá algun dia compararse á sus desgracias. No pienso sino con temor en cuanto nos rodea. Estamos persuadidos que nuestros vecinos, por sus propias rivalidades, se interesan en nuestro favor, y esto es una antigua preocupacion que nos engaña, es una ridícula obstinacion que en otro tiempo hizo perder la libertad á los húngaros y á los bohemios, y que nos la quitará también á nosotros, si apoyándonos en una tan frívola esperanza, no tratamos de apercibirnos convenientemente. La vez nos llegará sin duda alguna, en que seremos presa de algun famoso conquistador. Acaso las mismas potencias vecinas se darán entre sí la mano para repartirse nuestros Estados. Es verdad que ellas siguen siendo siempre las mismas que nuestros padres han conocido sin temerlas; pero por ventura ¿no sabemos el cambio general que ha ocurrido en todas las naciones? En la actualidad todas tienen otras costumbres, otras leyes, otros sistemas de gobierno, otro modo de hacer la guerra, y, no tengo inconveniente en decirlo, mayor ambicion. Esta ambicion se ha aumentado con los medios de satisfacerla, etc.»

El dia que ocurrió la muerte de Estanislao fué un dia de luto para los lorenenses, pues en él perdieron un bienhechor y un padre (1). Este pais quedó entonces definitivamente incorporado á la Francia, que se dió prisa á poner en vigor las leyes dadas anteriormente contra los jesuitas. Solo la proteccion que Estanislao les dispensaba, habia impedido hasta entonces su ejecucion en Lorena, y aun hizo mas la generosidad de este monarca,

(1) *Memorias para la Historia Eclesiástica del siglo XVIII*, t. 2, p. 500.

pues dió asilo á varios de los espulsados de Francia y socorrió liberalmente sus necesidades. Entre sus papeles se halló tambien una nota de las limosnas secretas que distribuía con tanto discernimiento como generosidad, aun en las regiones mas distantes. Entre todos los monarcas de su siglo este fué sin contradiccion el que reunió mas insignes cualidades. Activo, laborioso, aplicado á sus deberes, deseoso de instruirse, ávido de hacer bien, reunió á las cualidades morales las virtudes que la Religion inspira, y en una y otra fortuna demostró la piedad de un cristiano y la constancia de un sabio.

A los asuntos de la iglesia de Francia estaban desgraciadamente unidos los de la Holanda. En este pais es donde se imprimian casi todos los libros filosóficos y á donde se retiraban todos los escritores que la autoridad pública perseguía en Francia (1). Este pueblo de comerciantes, que en semejante guerra con la sociedad no veía mas que una especulacion mercantil, vendía en Europa su religion por un poco de oro, así como un siglo antes la habia comprometido en el Japon por un vil interés de comercio. Hé ahí el espíritu del protestantismo; ¿y habrá quien se admire de que haya mas riquezas en los paises en que domina? Pero las riquezas no constituyen la fuerza de las naciones, como lo han probado los acontecimientos. La secreta afinidad que existia entre la reforma y la filosofia se echa de ver por la buena acogida que esta última mereció no solo en Holanda, sino en todos los paises protestantes, donde puede decirse que fué recibida y obsequiada como en su propia familia. Todos los soberanos del norte de Europa manifestaron su propension hácia ella: atrajeron cerca de sus personas á los escritores que la propagaban, y algunos llega-

(1) *Reflex. sobre el estado de la Iglesia en Francia durante el siglo XVIII*, pag. 31-32.

ron á formarse con ellos una especie de corte, en donde, como ya hemos visto hablando de Voltaire, no dejaba de correr de vez en cuando algun peligro la libertad, ni la igualdad estaba exenta de caprichos.

La Holanda, enlazada con Francia por la filosofia, lo estaba además por la correspondencia que los cismáticos de Utrecht mantenían constantemente con varios individuos del clero francés. Meindartz, á poco de haber celebrado su concilio, remitió las actas á varios amigos que tenia en distintos paises. El cisma buscó adhesiones en la Italia, donde ya comenzaba á tener algunos prosélitos; pero donde fueron particularmente bien recibidas las actas de dicho conciliábulo, fué en Francia, pues allí era donde estaban los que lo habian promovido y sufragado todos sus gastos. Por consiguiente, se consideró como un asunto de partido el adherirse á estas actas, y si es verdad que ningun obispo, al menos que nosotros sepamos, dió pasos para adherirse á ellas, no fué así con el clero de segundo orden, que se mostró mucho menos escrupuloso. Los amigos de la secta, para quienes la adhesion al conciliábulo era la piedra de toque en que reconocian á sus cómplices, no omitieron nada para obtenerla. Así es, que no faltaron firmas de algunos doctores, de canónigos, párrocos, clérigos entredichos ó sin ejercicio, y hasta de personas legas y de jurisconsultos. Algunos de estos últimos no eran muy difíciles de ser reclutados (1); pues de las obras de Van-Espen habian tomado la estremada adhesion que este doctor habia manifestado al cisma de Holanda, y estaban muy dispuestos á reconocer una iglesia que profesaba los mismos principios que este canonista, y á cuya fundacion ellos y él habian contribuido. Tales adhesiones de semejantes individuos sin autoridad, eran lo

(1) *Memorias para la Historia Eclesiástica del siglo XVIII*, t. 2, p. 475-476.

que el partido oponia á las condenaciones que lo habian mancillado.

La Facultad de jurisprudencia de Paris no habia retractado su apelacion: dióse, pues, prisa á aprobar las actas del conciliábulo, y determinó escribir á Utrecht una carta de felicitacion. Sin embargo, no todos los individuos de la Facultad se mostraron unánimes: el decano no quiso firmar la carta. El gobierno, noticioso de este suceso, mandó comparecer al decano y al síndico, y les manifestó su desagrado por la conducta de la Facultad. Reprendióse particularmente á nueve doctores que habian firmado un acto fanático en favor de sus hermanos de Holanda. En 26 de febrero de 1765 celebró la Facultad una asamblea convocada por orden del rey, á la que asistió el prefecto de policia. Borráronse del libro de actas las últimas disposiciones y se desterró á uno de los doctores mas acalorados. De allí á poco apareció un decreto del Consejo, en que el rey manifestaba «que sabiendo se trataba de comprometer á particulares y corporaciones á producir actos de correspondencia en favor de una asamblea celebrada en Utrecht, sabiendo que estas diligencias clandestinas eran contrarias á los principios y al reposo de la Iglesia y del Estado, queriendo quitar toda ocasion de alterar el respeto y la sumision de que queria que todos sus vasallos estuviesen penetrados en favor de la Santa Sede, centro de unidad, prohibia tales adhesiones y relaciones con dicha asamblea.»

Este decreto no impidió los actos de union de los jansenistas de Francia con sus amigos de Holanda, y el parlamento, que metió tanto ruido por las actas del clero de 1765, no tomó ninguna providencia contra las intrigas y adhesiones á favor del supuesto concilio, por mas públicas que fuesen y por mas que escitasen mucha agitacion en el partido. En cambio, el Romano Pontífice, depositario de la fé, manifestó su leal vigilancia en guardar tan precioso